

LA KAMIKAZE

MAYTE CARRASCO



PRIMERA PARTE

LA NAVAJA

Kabul, Afganistán (2009)

Miro de reojo y con desconfianza la navaja que tengo sobre la mesita de noche. La he sacado del *botiquín de supervivencia en zona de conflicto* y la he puesto ahí estratégicamente, junto a mi cama, preparada y alerta. Los primeros rayos de sol se filtran entre las cortinas roídas de esta pequeña habitación de alquiler. Una premonición, me digo, la muerte está de caza, casi puedo percibirla agazapada en la espesa penumbra de mi cuarto esta mañana de sábado. Me cubro un poco más con las mantas escondiéndome como una niña, en posición fetal. Me asalta una carcajada nerviosa. ¿De qué coño te va a servir esta navaja en Afganistán? La compré en una de esas tiendas de excursionistas de la milla de oro de Madrid, donde venden objetos para *aventureros de alta montaña*, un eufemismo para describir a adinerados urbanitas amantes de la naturaleza adictos al *picnic* dominguero y a la vida campestre familiar y tranquila, perfecta para cortar deliciosas tortillas de patatas antes de dormir la siesta bajo un toldo improvisado entre dos pinos. ¿Se la clavarías a una persona? ¿Matarías para salvarte?

Miro de nuevo la navaja y me estremezco. Un cuchillo de excursionista contra un cinturón de explosivos.

Me he despertado de golpe a las cinco de la mañana, la hora de los kamikazes. Ayer en este preciso instante, tres suicidas de Al Qaeda asaltaron la casa de al lado, entraron disparando y terminaron el trabajo inmolándose en el nombre de Allah, ¡*Allahu akbar!*, matando a cinco miembros de

la ONU. Esta mañana he grabado con mi cámara lo que ha quedado de la mansión y me he impregnado de olor a muerte, a pánico y a horror. He tocado y observado durante largo rato la pierna de un terrorista suicida aún con la bota puesta, abandonada bajo la escalera de entrada por desprecio. O por negligencia. Deberían disecarla y dejarla ahí colgada junto a las pegatinas descoloridas de la propaganda electoral del presidente Hamid Karzai, como si fuera un jamón o un trofeo del destino o una advertencia para quien mata muriendo. Hermano, te has ido cojo al paraíso de las vírgenes virtuales, todas tus partes no están con Allah, querido, ahora algunas se han convertido en un simple plano para esta periodista y en una buena percha que me ayude a vender con más gancho esta exclusiva visceral. A mi jefe le va a encantar. La miro sin expresión, me da más asco mi profesión que la pierna.

Ahora estoy en la cama esperándote, kamikaze, con un arsenal de valium, alcohol, una navaja de pelar naranjas y una mortaja militar. No he tenido más remedio que comprarme ropa en el Cuartel General de los soldados de la OTAN, he alargado mi estancia unos meses más por culpa del fraude electoral y el frío seco de las montañas que rodean Kabul, a dos mil metros de altitud, ya empieza a calarme los huesos. Ha sido imposible comprarme vestimenta afgana, ningún valiente de la ONU ha tenido el valor de acompañarme a las tiendas del centro sin un batallón de guardaespaldas revoloteando como mariposas nerviosas entorno a los escaparates de Chicken Street. Yo sola no puedo porque soy mujer y las mujeres no pueden andar solas por la calle y, además, pueden secuestrarme en cuanto abra la boca y no suene a dari o a pashtún.

Hace una semana un amigo militar español se apiadó de mí, escuchó mis penurias, me cogió por los hombros y mirándome fijamente me dijo: «Te espero en la puerta del cuartel». Fui con mi vieja mochila negra y esa acreditación de la OTAN que no tiene ni diez veces el valor de mi sonri-

sa. Su generosidad y mi gratitud se fueron al restaurante mexicano de las instalaciones y allí celebraron el feliz encuentro con dos tequilas helados que me bebí yo, porque él estaba de guardia. Uno y dos. ¡Por la nostalgia, custodia de mi memoria! Brindé. Después recorrimos tres tiendas para soldados donde pude probarme botas militares de todos los tamaños menos del mío, encontrar un forro polar más o menos recio y calcetines gordos de lana de esos afganos de dos colores, blanco y negro, con lana entrelazada hasta las rodillas, complementados con suela de goma fina y cuarteada, muy calentitos. También encontré una sudadera marrón y un cargador de móvil.

De modo que ahora estoy metida en la cama con una sudadera XL con una gran estrella de la Alianza Atlántica en la solapa y una bandera de Grecia en la espalda, la única que quedaba en el almacén. Genial. Me dispararán la primera, y con gozo. Yo tengo un gozo en el alma, ¡grande! Grandes son las idioteces al borde del pánico nervioso del juicio final, me digo. Pienso en Jesús en la cruz, en la virgen milagrosa y en mi niñez. Hasta me vienen a la cabeza compases de Semana Santa. ¿Habrà llegado mi hora?

Me vuelco hacia la izquierda y busco a tientas bajo la cama mi botella de whisky. La encuentro y esbozo una sonrisa. La abro y tomo un par de buenos sorbos. Me siento mucho mejor.

El reloj marca las seis. Mi casa es el próximo objetivo, me han dicho mis amigos que todo lo saben. Me imagino a mis vecinos muertos, entonces vivos, durmiendo plácidamente entre mullidos edredones con motivos infantiles, en ese enorme palacete chabacano con escaleras de caracol interminables y sin barandas, con ornamentos exagerados y ajenos al más mínimo sobresalto. Estarían soñando con algún fantasma del pasado que venía a prevenirles ¡rezad! ¡huid!, mientras sonaba de lejos el muecín llamando a la oración de las cinco. Recuerdo el relato de uno de aquellos cooperantes, cómo se habían despertado de golpe con la

explosión del primer suicida en la puerta y el desconcierto, los tiros. Una de las chicas, recién llegada de África para supervisar las elecciones presidenciales, se había quedado paralizada por el horror. Otros muchos murieron tiroteados o abrasados y unos cuantos huyeron mientras un héroe, un escolta de Naciones Unidas de veintisiete años, disparaba desde el balcón ráfagas de fusil entre las brumas de un alba sangriento. Pienso en las ganas de morir de los suicidas, del guardaespaldas. Pienso en mis propias ganas de morir. Los que pudieron salvarse lo hicieron por la puerta de atrás. Miro a las rejas de mi habitación y pienso en las palabras de Faruq, mánager de mi *guest house*, un hotel para extranjeros. «Ya sé que todas las ventanas de este edificio de cuatro plantas tienen barrotes. Es por seguridad», ha dicho muy serio y muy convencido ese afgano sabiondo y pedante que habla un inglés mejor que el mío, un estudiante de Medicina que parece siempre molesto con algo o con alguien, susceptible. «Estoy en conversaciones con el vecino de atrás para poder hacer obras y abrir una puerta trasera. No os preocupéis, estamos a salvo, cerraremos con cerrojo la puerta principal esta noche».

A salvo estoy yo lejos de aquí, Faruq. Son las siete menos cuarto, cojo la navaja y la pongo en mi regazo. Resueñan en mi cabeza las palabras de Jérôme, mi ex marido. «Pero quién te has creído que eres, ¿Indiana Jones?». Es increíble la capacidad de calado que tienen aún esos desprecios en mi permeable subconsciente. Por unos minutos vuelvo a ser la misma niña asustada, inútil, anulada de entonces. Un cero, una nada. Cómo se me ocurre venirme sola a Afganistán, inconsciente.

Respiro profundamente, me acuerdo de mi terapia regeneradora y me pongo boca arriba, con las palmas de las manos abiertas. Cierro los ojos y me imagino en una playa muy lejos de aquí con algunas dunas, África en el horizonte y el océano Atlántico rugiendo con fuerza, en el marco de un atardecer idílico. Me veo a mí misma con un vestido rojo

de seda mecido por una brisa cálida. Controlo la respiración, pausada y rítmica, que acuna mi cuerpo. El sol inunda mi paisaje y camino hacia el agua, sintiendo la arena fina bajo mis pies. Estoy sola y en un lugar seguro, nadie puede hacerme daño aquí. El calor enrojece poco a poco las mejillas de mi rostro feliz. Regresa la calma y mi propio yo. Me quiero. Me quedo dormida a las siete en punto, apretando la navaja muy fuerte contra mi pecho.

Sueño con una araña gigante y con mi abuelo.

PESADILLAS

Me despierto entumecida. Calculo que son las diez y no entra el aire. Me gustaría poder levantarme de la cama, pero mis piernas se han quedado con mi abuelo y se niegan, tercas, a abandonar el paraíso virtual del subconsciente feliz. Abro los ojos en este mundo y veo las cortinas verde oliva sucias, el minúsculo armario destartado de madera vulgar y sin forma a gusto ni a disgusto, los cables negros de la luz pelados, asustados, haciendo malabarismos en la cuerda floja de la cornisa a medio caer de esa puerta, endeble y sin cerrojo, tan vulnerable como yo. Se me han caído las mantas mientras dormía, me he despertado con las piernas frías y el corazón helado. La hora de peligro ya pasó y respiro más tranquila.

El miedo y la angustia dejan paso a una omnipresente preocupación, ojalá tenga Internet hoy, *inshallah*,¹ necesito enviar otra crónica y comprobar si me han pagado a tiempo. Desayuno ansiedad. Me quito los tapones de los oídos y el sonido del generador del edificio que hay bajo mi ventana me invade las venas cerebrales poco a poco, con delicadeza pero sin pausa, avanzando hasta penetrar por completo en el epicentro de mi materia gris, convirtiéndola en puro cemento. Suspiro.

En mitad del silencio, estalla de golpe el tono *Bollywood* que emite ese móvil destartado que me regaló Nasir, mi traductor, llenando de color la habitación. Me parece ver a los cables malabaristas bailar un poco. El sobresalto me produce un ligero espasmo y suelto un quejido in-

voluntario, vulgar. Me desperezo poco a poco para coger ese teléfono gris de a un euro, que funciona diez mil veces mejor que todos esos nuevos aparatos de nueva generación, pero me paro a medio camino al avistar el número de Nasir. Es un *tayiko* afable de amplísima sonrisa y voz de pito, un periodista local que se jacta de haberse metido en líos por escribir más de la cuenta y denunciar las actividades de un señor de la guerra de su región, ahora reconvertido en diputado. Le encarcelaron por ello y le dieron una monumental paliza que le dejó con un cuarto de dignidad, dos dientes rotos y un kalashnikov bajo la cama. Ahora trabaja para las televisiones extranjeras que llegan a Kabul buscando una brújula y una exclusiva visceral, como todos. Tiene doce personas a su cargo y habla un español pausado y estudiado aunque pronunciado torpemente, monocorde y agudo. Aún no se ha podido casar, cuenta, porque le acaba de regalar todos sus ahorros a su hermano, que los necesita para la dote. En Afganistán hay que pagar una fortuna para contraer matrimonio con una futura esposa, como si la compraras al peso, y la suma corresponde como mínimo a unos cinco mil dólares, que viene a ser el sueldo de varios años. Nasir es un buen chico, aunque quiere recuperar sus ahorros perdidos a contrarreloj y sangra a los torpes extranjeros sin vergüenza ni reparo. La primera vez que vine a Kabul, hace dos años, me regaló un collar afgano hecho de pequeñas piezas de plástico de colores, como los que tenía cuando era pequeña, precioso, en el que se leía que *Allah es el más grande* en árabe. Debí ponérmelo para dormir.

La canción *Bollywood* me exaspera hasta el dolor. Consigo levantar el cemento torpemente, miro el móvil y escondo una mueca de fastidio entre las manos. Los perros.

—Yulia. Yo esperando a te. ¿Dónde estás?

—Lo siento, lo siento mucho, Nasir. Ayer tuve un día terrible y hoy no he podido dormir. Ya te habrás enterado de lo del ataque a la casa de al lado y... Puse el desperta-

dor a las nueve pero me he quedado dormida. ¿Son más de las diez?

—Son las doce. Sí, tú me lo contaste ayer, ¿no? ¿Te recuerdas?

—No sé, se lo conté a tanta gente. Perdona, de verdad.

—Vale. Pero hoy era día para grabar pelea de perros. Mañana esto ya no. No es posible.

—Perdona. Querían ese reportaje para el fin de semana y no hay manera de hacerlo, y ya lo hemos aplazado dos veces. ¿Puedes organizarlo para mañana, por favor?

Silencio.

—Bueno, pero esto si pagas otra día más, Yulia. Si no, podemos haser el de los civiles muertos. Llamo a te más tarde.

—Sí, sí, me interesa mucho ese tema también. Muchas gracias, de verdad. *Tashakor, tashakor...*²

—Adiós.

—Hasta...

Nasir siempre corta de golpe, sin esperar un hasta luego. Como un novio adolescente, enfadado por esas palabras no dichas. Me tapo la cabeza con la almohada, no sé cómo le voy a pagar porque no me queda dinero y no puedo sacar más efectivo en Afganistán, mi tarjeta de crédito no tiene más fondos. Abro el cajón de la mesilla de noche, saco un tranquilizante y me lo trago sin agua. Me acurruco entre las sábanas rugosas y me tapo hasta la nariz. Contengo un sollozo, aunque la verdad es que no tengo fuerzas ni para llorar, y me quedo mirando el techo desconchado de la habitación. Cierro los ojos cansada, consumida. Carezco de energía para levantarme y los párpados me pesan mucho, me obligan a sumergirme en la oscuridad y me embarga ese ligero y dulce placer que proporciona el sueño, casi lo puedo paladear. Llega poco a poco, me inunda, me invade, me vence.

Ni rastro de mi abuelo.

Entre sueños, me veo en una habitación de un hospital de grandes dimensiones, con diez camas alineadas y vacías, tendida sobre una camilla de hierro. Estoy en la sexta, desnuda y con la piel muy tersa, con pecas dispersas y algunas señales de violencia en los ojos y en los tobillos. Se oye de fondo un pitido apenas audible, pero constante. Pip pip pip. Me molesta mucho. Tengo las piernas entumecidas y los labios muy secos, intento moverlos pero no responden y las extremidades, tampoco.

De pronto percibo a mi lado un bulto enorme tapado con una vieja sábana blanca. Un escalofrío recorre todo ese cuerpo ajeno que yo siento como propio, no hay nadie más, lo sé. Estamos a unos dieciocho grados y la luz entra por las rendijas de una puerta cerrada, con una luminiscencia azulada. Por debajo del bulto solo sobresalen un par de zapatos negros de otra época, abrillantados y gigantes. El pitido ha desaparecido y ahora hay un silencio absoluto, a veces roto por el chirriar de una puerta al abrirse y cerrarse, sin ayuda, sin impulso aparente. Pasa mucho tiempo y cada vez tengo más sensación de helor. El pánico empieza a crecer en mí, pero sigo sin poder moverme y tiemblo con pequeñas convulsiones incontrolables. Estoy así durante mucho tiempo hasta que, en un momento indeterminado, lentamente y sin ruido, el bulto empieza a moverse y la sábana, convertida ahora en una alfombra de Majashcalá, comienza a resbalar poco a poco. El cuerpo saca primero una pierna hinchada de un color amarillento marrón, putrefacta, luego la otra, se ha puesto de pie a mi lado y me observa con estupefacción. Tiene los ojos marrones y almendrados, muy abiertos. Ahogo un grito de terror.

Me despierto de golpe sudando, a la una de la tarde, con el collar de Nasir ahogándome bajo la sudadera de la OTAN.

DIGAMOS QUE NO ME IMPORTABA MORIR

Kabul, Afganistán (2007)

La primera vez que pisé Kabul, dos años antes, pensé que era una ciudad sumergida en el polvo, la angustia y el ahogo. Pero me gustó tanto que, en vez de quedarme una semana, como tenía previsto, la cosa se alargó dos meses. Acababa de divorciarme y supongo que necesitaba embardurnarme del vómito variopinto de las tragedias paralelas del afgano, emborrizarme de su drama y sentirme a gusto, acomodada entre desgracias más grandes que la mía. Sabía que la ciudad era muy peligrosa y no voy a decir que me importara demasiado. No iba a suicidarme, pero vamos a admitir que no me hubiera importado morir. No me importaba morir.

Aterricé en una minúscula *guest house*³ familiar, perfecta, casi por casualidad. La city center estaba de todo menos céntrica, en los confines de la ciudad y muy alejada del ajetreo urbano kabulí. La regentaba el amable y dicharachero Mustafa, un afgano entrado en carnes que invitaba a todos los clientes a sentarse con él en el oscuro porche, fumar un cigarro y beber un refresco. El edificio era discreto, la puerta principal daba a una gran avenida asfaltada a trozos y a pocos metros de una de las casas que había habitado Bin Laden en los noventa, explicaba Mustafa a modo de reclamo turístico. La bañera estaba muy sucia y casi nunca había jabón, agua caliente ni tampoco grandes comodidades, pero era aparentemente segura. Cumplía algunas normas básicas de seguridad de la ONU, como muros

de cinco metros con alambradas de espinas y poco más, aunque por esa época los ataques de la insurgencia contra las residencias de extranjeros no eran muy habituales y no tenían hombres armados en la puerta. Más tarde comprobé que al edificio le sobraba pólvora y testosterona.

El primer día, a la hora del desayuno, me encontré con una veintena de gigantes negros muy altos y muy grandes que no eran precisamente estadounidenses, hablando un idioma para mí descocido y gutural. Iban todos armados con sus AK 47. Les sonreí, curiosa y divertida. Eran las ocho y el sol ya rugía con fuerza en el enorme jardín, donde estaban sentados en mesas y sillas verdes de plástico carcomidas por el sol sobre un césped descuidado. Comían pan afgano con miel, mantequilla y mermelada de fresa, bajo parasoles con motivos extrañamente mediterráneos y junto a amplios arriates cuajados de rosas rojas. Todos me observaban con más curiosidad que concupiscencia.

Me senté en el porche con Mustafa y tomé un café soluble con leche en polvo. Yo llevaba puesto aquella especie de sayo blanco que pensé que sería adecuado para ese país musulmán donde las mujeres tienen que ir cubiertas. Luego resultó que las mangas eran demasiado cortas y la tela un punto transparente tirando a mala. Mustafa me miraba las muñecas desnudas y finas, desconcertado, lanzando rápidas ráfagas visuales al sujetador rojo que traslucía tímido entre el tejido barato. Tras unos minutos de indecisión, optó por obviar la tela y la carne y me ofreció un cigarro que acepté sin resistencia, a pesar de que acababa de terminar mi año de medicación contra la tuberculosis y mi pulmón izquierdo aún me dolía mucho al respirar. Aspiré una calada, cerré los ojos y me mareé. Era mi primer cigarro en mucho tiempo. Me gustó la sensación de angustia masoquista y permanecí con los ojos cerrados. Pensé en la cama de la clínica, la oscuridad. Un idioma extraño y una silla vacía. La soledad. Regresé por un momento a aquellos días entre la vida y la muerte en un hospital parisino, el co-

razón aplastado por un pulmón enfermo. Pude sentir la larga aguja entrando en mi pleura para sacar el agua acumulada, oír el chorrito cayendo a mi espalda en media botella de plástico cortada para la ocasión.

Abrí los ojos y miré a mi alrededor, al Afganistán que estaba a punto de convertir en escenario de mi desolación y consuelo de mi desdicha. Recordé los días previos a ese viaje, marcados en mi memoria con el peso de un dolor profundo, fúnebre, casi sobrenatural. Había sellado el final legal de aquella historia de amor delirante.

La primera vez que pisé Kabul y después de aquello, yo no me sentía yo, sino el reflejo múltiple de muchas Yulias deformadas, como si estuviera en una sala de los espejos de un parque de atracciones y cada uno de ellos me devolviera una imagen surrealista de mí misma.

EL PORQUÉ DE LAS COSAS

París, Francia (2007)

La noche anterior a la firma del divorcio no pude dormir, ni siquiera recuerdo qué llevaba puesto. Solo sé que me abrigué mucho, cogí mi ciclomotor gris de gama baja y con el parabrisas roto, me coloqué la manta negra de piel forrada de borreguito por encima de las piernas de modo que pudiera sacarlas bien, protegidas por esas botas altas de cuero negro que me llegaban hasta las rodillas. Atravesé la plaza de La Nation, la de La Bastille y avancé por la rue de Rivoli lo más lenta que pude, invadiendo el carril del taxi para tardar más y eternizarme detrás de esos autobuses matinales repletos de pasajeros adormecidos. El sol brillaba tenue y vi las nubes moviéndose a la velocidad vertiginosa de mi vida. Sentí angustia. Giré a la izquierda tras pasar la plaza del Ayuntamiento, atravesé el Sena y llegué sin remisión al Palais de Justice, pese a mi voluntad. Aparqué en la esquina de enfrente, sobre la acera. Me quedé un rato paralizada mirando el edificio y lo busqué entre la gente, allá a lo lejos. Maldije no verlo, no encontrarlo fortuitamente en mitad de la Rue de la Cité para abrazarle, sentir su cuerpo una vez más.

Entré en el edificio cargada de carpetas de colores bajo el brazo, azul sorpresa, magenta culpa, gris decepción, negra pena. Subí por las escaleras, arrastrando los pies hasta la tercera planta y allí en la entrada estaba él, de pie, con sus enormes y bellos ojos azules, cargados de reproche y de amor, en el que se convertiría en el momento más lúgubre y triste de toda mi vida. Se volvió hacia su abogado con